

# LA SENDA DEL AMOR

COMEDIA PARA MARIONETTES



## LA SENDA DEL AMOR

---

### I

POETA

Todo mi pensamiento érais vos al componer esta comedia; no fué tortura del ingenio, sino expansivo desbordar del corazón; ni Aristóteles, ni nuestro buen *Boileau* me impusieron su preceptiva rigurosa; toda mi retórica, todo mi arte, fueron vuestros ojos, donde juegan burlones los amores; vuestros labios, que niegan crueles los besos á que incitan; la luz, color de rosa, que ilumina vuestra blancura; vuestras manos, que imponen respeto á los abrazos, pudorosas como de santa virgen; los rizos, que risotean el oro juvenil bajo la postiza severidad empolvada, como chicuelos traviesos que burlan



del ayo gruñón. Escuchad, Marquesa: el ingenio solo puso sobre el amor en mi comedia, algo así como el lunar que oprimís entre vuestros dedos, dudosa de si el adorno añadirá ó quitará un encanto á vuestra hermosura...

MARQUESA

Dudosa al colocarlo; tomad, á vuestra elección lo dejo... Y empieza la comedia.

## II

LEANDRO

No tiembles. Está muerto.

CELIA

¿Qué hiciste?

LEANDRO

Me disputaba tu cariño...

CELIA

¡Un hombre muerto! ¡Por mí! Y unos viejos que lloran por nosotros!

LEANDRO

Se oponían á nuestros amores... No recuerdes, Celia mía. Mírame, habla ó calla; pero nuestras palabras ó nuestro silencio sean solo de nuestro amor... Nadie nos sigue, nadie llegará hasta aquí. ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor! (*Entra Polichinela.*)

POLICHINELA

¡Oh, loco, loco y desatentado joven que así desoyes la experiencia y quieres padecer por ti mismo la vida que otros hemos padecido para que tú lograras el fruto... Vuelve en ti...

LEANDRO

Vuelve al demonio, viejo consejero, con tu experiencia. (*Le mata.*)

CELIA

¡Leandro!

LEANDRO

No vuelvas á mirarle... (*Isabela entra.*)

ISABELA

¡Ah, Leandro, Leandro! ¿Crees amar por



vez primera? Repites la lección que conmigo aprendiste... No, no dirás nada nuevo... ¿Te acuerdas? Las mismas frases vulgares, que entre nosotros al principio parecían sagradas como de rito misterioso, porque un destello celestial las animaba... Después... eran cuerpo sin alma, oraciones sin fe, rito sin creencia... Extinguido el amor; te amo; parecía más indiferente que cuando el amor con divina apoyatura pronunciaba palabras insignificantes... ¡Hermosa noche! El rey está enfermo. Madame Du Barry ha cambiado de amante... ¡No lo olvides, Celia, no lo olvides!...

LEANDRO

¿Y merecías amor eterno? ¡Mujer engañadora, cruel, falsa!...

ISABELA

¡Sí, todo eso!... ¡Así muero por ti!... (*Desaparece.*)

CELIA

Corre hacia el lago... se acerca á la orilla... ¡Leandro!... ¡Huye de mí!...

LEANDRO

¡No, Celia mía!

CELIA

¡Déjame! Por mí lloro más que por ella... Juraste amor eterno...

LEANDRO

Faltó el amor, alma del juramento; porque mi alma es solo tuya, tuya por siempre...

CELIA

¡Así la dirías tantas veces! ¡Déjame llorar!

LEANDRO

Llora, sí; dulces besos los que pueden secar lágrimas... Pero no temas, sígueme... ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor!

CELIA

Es imposible nuestra felicidad. ¡Tanta sangre, tantos muertos, tantas lágrimas!

LEANDRO

¿Sabes de alguna dicha que cueste menos?



## III

POETA

¿Qué os ha parecido mi comedia, Marquesa?

MARQUESA

Los muñecos son muy graciosos y muy lindamente vestidos, y el bribón de vuestro paje se da muy buena maña para manejarlos... ¿Qué edad tiene?

POETA

Dieciséis años.

MARQUESA

Pues da mucho sentido á lo que dice... Le aseguro buena suerte con las damas... ¿No lo creéis?...

POETA

No... Porque mañana le envío á su pueblo...

MARQUESA

No, porque desde hoy le tomo yo á mi

servicio... ¿No es esa la moralidad de vuestra comedia? En la senda del amor no debe una detenerse por los muertos...

POETA

Pues á vivir, Marquesa.

FIN DE LA COMEDIA



LA BLANCURA DE PIERROT

ARGUMENTO PARA UNA PANTOMIMA



## LA BLANCURA DE PIERROT

---



En el molino del Sr. Matías—viejo avariento sin familia, sin amigos, notado en todo el lugar y sus contornos por la fama de su caudal y de su miseria,—trabajaba Pierrot desde niño en la molienda, contento con su suerte, despreocupado con lo porvenir; alma blanca como su cara enharinada de continuo; sin un pensamiento triste; risotadas y canciones en los labios siempre; blanco como la harina de flor, sabrosa masa del pan de su vida, ganada honradamente. Colombina, mozuela graciosa, amapola encendida entre las mieses de oro, era con su presencia en el molino alegría del trabajo, poesía de la exis-



tencia afanosa, flor del trigo, avecilla gorgejadora que en sí sola llevaba á la obscuridad sombría del molino, en colores, en luz, en alegría, una primavera eterna de juventud y de amores.

Pierrot amaba á Colombina, pero Pierrot era muy pobre, y Colombina había oído referir cuentos de hadas, de príncipes enamorados y pastorcillas hermosas.

El Sr. Matías pensaba deshacerse del molino, cansado del trajín incesante, y más aún por dedicarse del todo á la usura, negocio más lucrativo y reposado.

¡Si Pierrot pudiera comprar el molino! Colombina, haciéndose cargo de la realidad, desistiría de esperar al Príncipe Azul de sus sueños de color de rosa, y consentiría en ser molinera con su enamorado molinero blanco.

Cerca del molino, en una miserable choza, vivía una vieja miserable que, al decir de todos en el lugar, era tan rica como el Sr. Matías, pero le ganaba en avarienta y miserable. Pedía limosna en la ciudad cercana durante el día, y entrada la noche volvía renqueando á su vivienda de sórdida po-

breza, y allí, según referían las comadres del pueblo, hasta las altas horas de la noche contaba monedas de oro y plata la vieja avarienta.

La idea del crimen se fijó negra como cerrazón de tormenta en el alma de Pierrot. ¡Era tan hermosa Colombina! Una noche de invierno salió Pierrot del molino, y como la luna clarísima blanqueaba su figura blanca, internóse, arrastrándose casi entre los árboles, hacia la choza de la vieja. Antes de penetrar en ella tiznóse la cara y las manos con tizones de brasas, residuo de la fogarada que unos carboneros habían encendido aquella tarde en el monte. ¿Quién podría conocerle, negra la cara y negra el alma, en la negrura de la noche y del crimen?

Roja la cara, rojas las manos, salía poco después apretando convulso un bolsón de cuero mugriento rebosante de monedas de oro. Pierrot contemplaba aterrado sus manos y su traje ensangrentados. Sin verla, sentía la sangre que enrojecía su cara... y allí cerca no había agua... y antes de llegar á la aceña podrían verle.



Ni el agua, ni el carbón, ni la harina borran ni encubrían la sangre roja. ¡Pobre Pierrot, rojo para siempre, espectro terrible del crimen!

El cielo agrisado, monótono, parecía deshacerse en copos de nieve; pluma suave, como de cisne blanquísimo, que almohadillaba el suelo endurecido, agrietado por la helada.

Pierrot hubiera querido sepultarse en la blancura de la nieve inmaculada; deshacerse con ella en blancura; blancura del cielo, fría como perdón sin amor y sin misericordia.

La nieve cubría su cara y sus manos con nueva blancura. Borrada la negrura del tizón; borrada la sangre roja del crimen. Pero el calor más tenue fundiría la máscara protectora, y el mísero Pierrot desde entonces vive en la frialdad de una eterna noche, sin calor en el cuerpo ni en el alma, sin contemplar las campiñas rientes, asoleadas con hervor de flores y follajes; sin un rayo de sol ni una llamarada de hogar que conforte su cuerpo aterido; sin un sorbo de vino generoso que en reflejos de granate ó de topa-

cio disipe con destellos de oro ó rosa las nieblas agrisadas del pensamiento triste; sin los abrazos de la amistad; sin los besos del amor... ¡Triste Pierrot, de fría blancura, como perdón sin amor y sin misericordia!

